

Las Palmas de Gran Canaria

"Se puede cambiar la vida de las personas, y el surf puede hacerlo posible", es la máxima que centra la filosofía de Cisco Araña. Este 'soul surfer' ha inventado una tabla para que los ciegos practiquen esta disciplina, pero no es lo único que ha he-

cho. En su país natal, Brasil, aunque es medio canario, ha fundado una escuela en la que lucha por la inclusión social con proyectos que ayudan a las personas con discapacidad a su- perarse a sí mismas. Su secreto: poner mucho amor.

Cisco Araña

'Soul surfer', impulsor del surf para todos

"La mayor satisfacción del surf no es un trofeo, sino mejorar una vida"

Brenda Saavedra Casiano
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

"La mayor satisfacción del surf no es un trofeo, es la que provoca un fuerte cambio en tu vida cuando mejoras la calidad de vida de otras personas. Este es el mejor triunfo para un *soul surfer* como yo. Ver a un niño, que no tenía la oportunidad, coger su primera ola. Sacar de los que tienen para los que no. La ola es la vida", relata con emoción el surfero Cisco Araña, mitad brasileño mitad canario, que ha inventado una tabla para que los invidentes puedan hacer este deporte.

¿Cómo fueron sus inicios en el mundo del surf?

Empecé con nueve años en Santos, mi ciudad. A mi padre no le gustaba el surf, pero a mi madre sí. Ella veía el brillo en mis ojos cuando miraba el mar. Era muy lista y sabía que esto era vocación. Era brasileña, y mi padre canario, de Arucas. Yo vivía cerquita de la playa, y me crié jugando con los concheros, pescando... Empecé desde entonces a interesarme. Poco después comencé a practicar surf y me enganché.

¿Cuál fue su primer campeonato?

Fue en el año 1973, cuando unos amigos me inscribieron. Yo no lo sabía, fui con mucho miedo, pero tuve suerte y gané. Esto me llevó a querer ir más allá y empezar a competir. Me enganché, porque, además de hacer lo que me gusta, esto me daba la oportunidad de ir a fiestas, conocer chiquillas... Empecé a ser respetado, porque era muy bueno.

¿Y los estudios?

Yo estudiaba siempre, porque mis padres estaban encima. Además, mi padre me cogía una hora todos los días para estudiar matemáticas. Yo tenía el don para el surf, el arte y la música, pero mi padre quería que estudiara números. Al final entré en la universidad, pero dos años antes a mi ingreso paré porque estaba en medio de mi carrera como surfista. Me fui a Hawái a competir y cumplir allí mi sueño. Me quedé tres meses y luego vine a Gran Canaria a ver a mi padre, aquí estuve diez meses. Esto fue en el año 1978.

¿Surfeó en la Isla durante ese tiempo?

Sí, claro. Cogía olas en el Puertillo, y aquí en La Cicer. Fui también a Lanzarote cuando no había casi nadie practicando este deporte. Además, cuando venía a pasar tiempo con mi padre, lo ayudaba y trabajaba repartiendo agua de Tector con él. Yo conozco mucho de la



Cisco Araña, en La Cicer. | JUAN CARLOS CASTRO

Isla. Estoy muy orgulloso de estar aquí, para mí es un honor. Caminar por donde caminaban mis padres y mis abuelos. Tres años después de todo esto mi padre murió. Yo volví a la universidad, me forme en Educación Física y me nombraron campeón brasileño universitario.

¿Qué hizo después de obtener su título?

Bueno, me surgió la oportunidad de trabajar en el Ayuntamiento en relación con el surf. Me propusieron hacer un proyecto social, en el que hacíamos 45 días de actividad para deportes marginales, es decir, que no son comunes. Esto fue increíble, porque pasaban por allí hasta 2.000 personas por día. Llamó mucho la atención del Ayuntamiento y contactaron conmigo para empezar algo juntos. Tuvimos la suerte de que había un espacio público disponible y creamos allí una escuela, el 23 de junio de 1992. Una escuela gratuita y accesible para todos. Hubo muy buenos resultados.

¿Podría contar algún ejemplo?

Mi alumno Valdemir Correia, que es ciego. Vino a la escuela porque quería surfear. Cuando llegó y

me lo dijo, yo no podía hablar. Él era muy joven, le decía a su madre que iba a clases de natación pero lo que hacía era venir a mis clases. Había escuchado por la radio que yo quería hacer otras cosas con esta profesión y vino.

¿Pensó en algún momento que sería imposible enseñarle?

No, nunca pensé eso. Me lo tomé como un desafío. Sabía que iba a ser muy difícil, porque él corporalmente era una persona que estaba parada, no estaba activa, pero no era imposible. Fue muy difícil, pero, con la ayuda de mi equipo y el paso de los años, trabajamos con él y fuimos desarrollando un sistema adaptado a sus necesidades para que pudiera surfear, así estuvimos diez años. Un día decidí que había que hacer algo más y hablé con mi equipo. Entonces dibujé una tabla. Pensé y creé una tabla especial adaptada para él.

¿Cómo cambió la vida de Valdemir?

Yo había prometido a mi alumno que si él sacaba todos sus estudios básicos, yo le metía en la universidad con lo de la repercusión del primer ciego surfero y la primera tabla en el mundo adaptada. Él

cumplió. Entonces hablé con la universidad, con los directores, y conseguí una beca del 100%. El año pasado se tituló en Educación Física y, cuando finalizó, empecé su primer curso de Derecho. No fue el surf, pero fue una escuela de accesibilidad gratuita lo que le permitió tener lo que tiene, porque era una persona que no tenía recursos.

¿Cómo es el proyecto para ciegos?

Es un proyecto social que puede ayudar mundialmente.

Soñando sobre

las olas es una identidad de ayuda social en el mundo.

Me preguntaron si quería vender el proyecto, pero dije que no, que yo lo que quería era demostrar que esto era posible. En 2008 me regalaron para la escuela pública ocho tablas y ahora pensé que era el momento de acudir a la Red Mundial de Ciudades del Surf (WSCN) para mostrarlo.

¿Por qué Gran Canaria?

Las Palmas de Gran Canaria pertenece a esta red, y pensé que por qué no la tierra de mi padre, poner aquí una semilla. Pero esto es solo una semilla para que las escuelas sepan que es posible dar un poco de su tiempo para los otros, para mejorar la calidad de vida de las personas. El surf tiene mucho dinero, pero está invertido en cosas que no son tan necesarias. Además, se necesita la colaboración de los ayuntamientos. Todo el mundo debe tener la oportunidad. El surf es muy bueno, cura.

¿Puede citar un caso particular en el que el surf haya curado a la persona que lo practica?

Teníamos un niño que estaba en silla de ruedas, Rafael, de 12 años. No podía caminar por una parálisis cerebral. Su sistema cognitivo estaba perfecto, pero su sistema motor no respondía. Se metió en la escuela porque su madre escuchó hablar de nosotros. Recuerdo las primeras clases, en las que lo cogíamos entre cuatro personas y lo metíamos a surfear. Para nosotros nunca fue un problema, siempre enfatizábamos lo positivo que podíamos sacar. Hablábamos con él como si fuera una persona normal. Cuando llegó tenía la cabeza hacia abajo, el cuerpo lo tenía amoldado a la forma de la silla. Le decíamos que no, que te-

nía que alzar la cabeza y cambiar su postura. Al principio costaba, pero hay que verlo ahora todo el día diciendo "aloha" con la mano hacia arriba. Y al final lo consiguió, actualmente surfear acostado y es flipante. Su madre lo ve y llora. Un día ella llegó, y me dijo que Rafael me quería dar un abrazo, yo le dije que vale, que ya iba adonde él estaba. Entonces, me dijo que no, que esperaba, que él venía a mí. Cuando me di cuenta estaba caminando. Después de dos años y medio consiguió más de lo que esperaba. No es solo el surf, es la filosofía de los surfers. Cuando hay amor, todo es posible.

¿Cómo definiría a un buen surfero?

Hay dos tipos. Un urbano y un *soul surfer*. Imagínese un mar perfecto. Los dos entran a la vez. La diferencia es que, cuando van a coger esa ola que viene y es perfecta, el *soul surfer* si por su camino ve una vida debatiéndose en el mar, para, coge su tabla, recoge a ese ser, que podría ser una mariposa, y vuelve a la arena para salvarla. En cambio, el urbano sigue para coger su ola. Es un camino distinto, una filosofía diferente.

¿Podría vivir sin surfear?

Sí y no. Podría vivir sin surfear, pero cerca del mar. Yo soy mar, soy agua. Siempre recuerdo cuando un havaiano de una de las familias más tradicionales de Hawái, donde todos siempre han surfado, me dijo que lo importante en esto es la diversión. La salud viene de ahí, de esa diversión. De dentro para afuera, de la felicidad interior, no de otra cosa. Estar en el mar disfrutando feliz. De ahí viene todo lo bueno.

Y en cuanto a lo que le apasiona venir aquí, ¿qué es lo que más le gusta de la Isla?

Me gusta mucho la gente, que es muy abierta, la forma que tienen de recibir a las personas. También el folclore canario. Me quedo encantado con esta música. Igual que cuando los jóvenes visten con la ropa típica en las fiestas tradicionales. Me devuelve al tiempo en el que estaba mi padre.

“Mi madre veía el brillo en mis ojos cuando miraba el mar. Era muy lista y sabía que esto era mi vocación”

¿Y su playa preferida para surfear aquí?

La de Arguineguín. Aunque tengo muy buenos recuerdos del norte. Una vez gané un campeonato allí, y lo pasé muy bien con los amigos. Pero la primera ola que cogí fue en el Puertillo, en 1978. Siempre que voy ahí me da la sensación de *déjà vu*.

¿Se ve viviendo aquí en un futuro?

Sí. Me faltan ocho años para retirarme. Mi hija está ahora creciendo, y me gustaría que estudiara aquí. En mi país hay universidades, pero hay muchas diferencias sociales, y dentro de diez años no voy a tener más fuerzas para cambiarlas. Hago lo que puedo, pero es mucho lo que queda por hacer.